

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Badajoz, al mes, ptas. » 50
Fuera, trimestre..... 1 50
Extranjero, al año..... 8 »
Número suelto..... » 10
Idem atrasado..... » 25

Anuncios y comunicados
á precios convencionales.

PAGO ANTICIPADO

Administración:

IMPRESA DE GASPAR HERMANOS

Santo Domingo, núm. 41

Badajoz

LA LID CÁTOLICA

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Director y Propietario: Don Anselmo Juan y Baldó.

ADVERTENCIAS.

Los cambios y correspondencia no administrativa á nombre del Director-Propietario.

Los escritos se publicarán bajo la responsabilidad de sus autores.

No se devuelven los originales.

Se dará cuenta de toda obra que se reciba.

No se ha de agradecer á los hombres en lo que sea contra la fé, contra la honestidad, contra la religión. (San Julián de Toledo.) El cristiano ha nacido para la lucha, y cuanto ésta es más encarnizada, con el auxilio de Dios, más segura es la victoria. (León XIII) Cuando se escribe contra los vicios, sin nombrar á las personas, todo aquel que se enoja se acusa á sí mismo. (San Jerónimo.)

CARTA

DE LA SANTIDAD DE NUESTRO SEÑOR
LEÓN

POR LA DIVINA PROVIDENCIA

PAPA XIII

Á LOS ARZOBISPOS Y OBISPOS DE ESPAÑA,
ITALIA Y AMBAS AMÉRICAS

SOBRE CRISTÓBAL COLÓN

A nuestros venerables hermanos
los Arzobispos y Obispos
de España, Italia y ambas Américas

LEÓN PAPA XIII

VENERABLES HERMANOS, SALUD Y APOSTÓ-
LICA BENDICIÓN



Terminarse el cuarto siglo de los transcurridos desde que un hombre nacido en la Liguria abordó el primero, bajo los auspicios de Dios, las desconocidas playas trasatlánticas, apréstase las gentes á celebrar la memoria de tan fausto acontecimiento y á enaltecer á su ator. Y ciertamente que no es fácil encontrar causa más digna de exaltar la admiración en las inteligencias y despertar el entusiasmo en los corazones. Porque hecho de por sí más grande y maravilloso entre los hechos humanos, no lo vió edad ninguna; y con quien lo llevó á cabo, en grandeza de alma y de ingenio, pocos entre los nacidos pueden compararse.

Por obra suya, del seno del inexplorado Océano surgió un Nuevo Mundo; inmensa multitud de criaturas volvieron desde las tinieblas y el olvido en que yacían á formar parte de la sociedad humana, trocando la ferocidad del salvaje por la suavidad de costumbres y la civilización; y logrando, beneficio incomparablemente mayor, pasar, por medio de la comunicación de aquellos bienes sobrenaturales que Jesucristo dejó establecidos, desde los caminos de la perdición á la esperanza de la vida eterna. Europa, entonces atónita ante la novedad y maravilla de aquel acontecimiento inesperado, llegó sólo á conocer lo que debía á su autor cuando, colonizadas las Américas, establecidas incesantes comunicaciones, relaciones recíprocas y mútuos cambios marítimos, el conocimiento de las ciencias de la naturaleza y la común riqueza y abundancia adquirieron un increíble aumento, creciendo poderosamente á la par la autoridad y el prestigio del nombre europeo.

No podía, por lo tanto, en esta múltiple diversidad de honrosas manifestaciones y en este grato concierto de voluntades, permanecer silenciosa sólo la Iglesia, que, por costumbre y por ley, aprueba siempre de buen grado todo lo que es honesto y laudable, y se esfuerza en protegerlo y fomentarlo. Reserva ésta, en verdad, los supremos honores á aquel orden de virtudes morales heroicas que se refieren directamente á la salvación eterna de las almas; pero no por eso desdeña ni tiene en poco las que son de otro orden; antes bien, acostumbró y se mostró siempre dispuesta á favorecer y á honrar á los hombres que han merecido bien de la sociedad civil y han legado á la posteridad un nombre glorioso. Ciertamente que Dios es admirable, principalmente en sus Santos; pero las huellas de la virtud divina aparecen también impresas en aquellos en quienes resplan-

dece la luz del genio y el vigor y la elevación del alma, porque estas dotes extraordinarias sólo proceden de Dios, primer autor y creador de todas las cosas.

Pero hay además otra razón, y razón especial y principalísima, para que celebremos y con acción de gracias recordemos la inmortal empresa. Y es que Colón es de los nuestros, y que por poco que nos fijemos en la causa que principalmente le movió á explorar el mar tenebroso, y en el motivo que le indujo á llevar hasta el fin su empeño, vemos de una manera indudable que este móvil principal fué la fé católica siendo éste, por lo tanto, un nuevo y no pequeño título de la Iglesia á la gratitud del género humano.

Ciertamente que antes y después de Cristóbal Colón se cuentan no pocos esforzados y experimentados varones que exploraron con ahinco desconocidas tierras y aún más desconocidos mares; y es justicia que la humanidad, reconocida á sus beneficios, proclame siempre sus nombres, porque ellos extendieron los confines de la ciencia y de la civilización y acrecentaron el público bienestar, no á poca costa, sino al precio de muchas fatigas, y muchas veces de graves peligros.

Hay, sin embargo, entre ellos y el varón de que tratamos, gran diferencia. Lo que principalmente distingue á Colón es que, al ir y al volver á través de los inmensos espacios del Océano, llevaba miras más altas que llevaron nunca los demás. No que dejara de moverle el ansia noble de saber y merecer bien de la sociedad humana, ni que despreciarse la gloria, cuyos ardorosos estímulos suelen principalmente avivarse en las almas más grandes, ni que renunciase á toda esperanza ó deseo de obtener para sí ventajas materiales, sino porque sobre todos estos móviles humanos prevaleció en él el sentimiento de la Religión de sus mayores, que fué la que sin duda alguna le dió inspiración y aliento para llevar á cabo su empresa, y le sostuvo y confortó en las grandes dificultades y peligros de que se vió rodeado. Porque consta que el principal pensamiento y el principal propósito que estaba arraigado en su alma era éste: abrir camino al Evangelio por nuevas tierras y por nuevos mares.

Lo cual puede parecer poco verosímil á aquellos que, encogiendo su espíritu y encerrándolo en los límites del orden sensible, no quieren elevar la vista á miras más altas. Pero, por el contrario, las grandes almas se remontan cada vez más y más sobre las cosas, porque son las más dispuestas á las santas inspiraciones y entusiasmos de la fé divina. Colón había unido el estudio de la naturaleza con el estudio de la Religión, y su mente y su corazón se habían formado á la luz y al calor de las creencias católicas. Por lo que, convencido por argumentos astronómicos y por antiguas tradiciones de que al Occidente, más allá de los límites del mundo conocido, existían grandes regiones por nadie hasta entonces exploradas, su ánimo veía á la vez una gran multitud de seres sumidos en pavorosas tinieblas y entregados á los ritos y supersticiones idolátricas. Misericordia grande á sus ojos vivir como feroces salvajes; pero miseria mayor aún la de ignorar las cosas más importantes de la vida y vivir en la ignorancia del verdadero Dios. Fijos en su alma estos sentimientos, el principal propósito de Colón fué siempre, así lo demuestra superabundantemente la historia de estos hechos, el extender por Occidente el nombre de Cristo y los beneficios de la caridad cristiana.

Así, al dirigirse por primera vez á los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, para que no desmayasen ante la magnitud de

la empresa, les expuso abiertamente cuán impercedera sería su gloria llevando el nombre y la doctrina de Jesucristo á tan remotas regiones. No mucho tiempo después logrado su propósito, escribe que pide á Dios que los Reyes, ayudados por la Gracia Divina, perseveren en llevar á nuevos mares y playas la luz del Evangelio. En las cartas que dirige al Pontífice Alejandro VI instándole á que envíe misioneros á América, le dice: *Confío, con la aguda de Dios, en poder ya propagar ampliamente el sagrado Nombre y el Evangelio de Jesucristo.* Y parecenos que debía sentirse arrebatado del gozo cuando, al volver de su primer viaje, escribía desde Lisboa á Rafael Sánchez: *Demos gracias inmortales á Dios, que nos otorgó benigno tan próspero suceso: gócese y triunfe Jesucristo en la tierra y en el Cielo, pues está ya tan próxima la salvación de innumerables gentes que hasta ahora vivían en la perdición.* Que si pide á Isabel y á Fernando permitan sólo á los cristianos católicos navegar en el Nuevo Mundo y establecer allí comercio con los indígenas, dá por razón de esta súplica que el principio y fin de su empresa fué siempre solo el incremento y el honor de la Religión cristiana.

Y así lo comprendió plenamente Isabel, leía mejor que nadie en la mente del preclaro varón, como es también de toda evidencia que éste fué el decidido propósito de aquella piadosísima, varonil y excelsa mujer. De Colón aseguraba la reina *afrotraría valerosamente el vasto Océano á fin de llevar á cabo una empresa de gran importancia para la gloria de Dios; y al mismo Colón, de vuelta de su segundo viaje, le escribía que no se podía haber dado mejor empleo á los gastos que se habían hecho y á los que estaba pronta á hacer para la expedición de las Indias, porque así se conseguiría la difusión de la Cristiandad.*

¿De dónde, por otra parte, fuera de esta causa superior, habría de haber alcanzado Colón aquella fortaleza y perseverancia de espíritu que se vió obligado á desplegar hasta llevar á cabo su empresa? Los pareceres contrarios de los sabios, las replusas de los príncipes; las tempestades del Océano; las incesantes vigiliias, en las que más de una vez temporalmente perdió la vista, todo se volvía contra él. Añádanse luego los fieros encuentros con los salvajes, las infidelidades de los amigos y compañeros, las conspiraciones villanas, la perfidia de los envidiosos, las calumnias de los malévolos y las inmerecidas prisiones.

Forzosamente tenía que haber sucumbido Colón bajo el peso de tantos y tan grandes trabajos reunidos, si no le hubiese sostenido siempre la idea de lo noble y lo más importante de su empeño, al cabo del cual veía grandemente glorificado el nombre cristiano y multitud infinita de almas salvadas. Y esto aparece con gran luz y claridad en la historia. Porque Colón descubrió América en los momentos en que una gran tormenta se cernía sobre la Iglesia; y en cuanto pueden conocerse los designios de la Divina Providencia por el curso que siguen los sucesos, parece especial disposición de Dios la de haber suscitado á este hombre, honra y prez de la Liguria, para que con la empresa que llevó á cabo compensase en gran parte los daños que el Catolicismo iba á sufrir en Europa.

Atraer los indios al Cristianismo era misión y deber propio de la Iglesia; y este deber, que principió á cumplir desde los primeros momentos del descubrimiento del Nuevo Mundo, lo siguió y lo sigue siempre cumpliendo con constante caridad y celo, habiendo llevado su acción en estos últimos años hasta los confines de la Patagonia. Colón fué, sin embargo, quien, movido por el deseo de

preparar y facilitar el camino á la difusión del Evangelio, y fija siempre la mente en tal propósito, dispuso todo á este fin, no haciendo cosa que no fuese conforme con la Religión y no estuviese inspirada por la piedad. Recordamos hechos de todos conocidos, pero que sirven grandemente para descubrir los designios del insigne varón que celebramos.

Obligado á abandonar, sin haber logrado nada, á Porttgal y á Génova, y habiendo regresado de nuevo á España, maduró al amparo de un convento su alta empresa, viéndose animado en sus propósitos por un Franciscano, sabedor de sus proyectos. Transcurridos siete años y llegado el momento de la partida, procura solicito fortalecer su ánimo con los divinos auxilios; replica á la Reina del Cielo que proteja su intento y lo conduzca á feliz término; y no se dan sus naves á la vela sin invocar antes el nombre de la Santísima Trinidad. Ya en la alta mar, en medio del embravecimiento de las olas y de las imprecaciones de los marineros, conserva inalterable su serenidad y su firmeza, poniendo en Dios toda su confianza. Revelan sus propósitos los nombres que dá á las islas que descubre; y al desembarcar en cada una, después de haber adorado á Dios, toma posesión de ella en nombre de Jesucristo.

A donde quiera que aborda, su primer cuidado es lavar la cruz en la orilla: el sacratísimo nombre del Redentor, tantas veces ensalzado y celebrado al compás del rumor de las olas, suena el primero en su boca en las islas que va descubriendo; y, á la usanza española, el primer edificio que levanta es una iglesia, y el principio de los regocijos populares una función religiosa.

He aquí, pues, lo que se propuso y llevó á cabo Colón al aventurarse á explorar por mares y tierras remotos esas regiones hasta entonces incultas y desconocidas, y que después en civilización, en influencia y en prosperidad llegaron en poco tiempo á la altura á que hoy las vemos.

La grandeza del hecho y la importancia y diversidad de las beneficiosas consecuencias que produjo nos impone el deber de hacer grata memoria de aquel hombre y darle toda muestra de honor; pero lo que ante todo debemos es reconocer y venerar de una manera especial los altos designios de la Providencia Divina, á la que sirvió de instrumento consciente y fiel el insigne descubridor del Nuevo Mundo.

Por esto, para que las fiestas que en memoria de Colón se hagan sean dignas y de acuerdo con la verdad, al esplendor de las pompas civiles debe acompañar la santidad de la Religión. Y así como en otro tiempo, al primer anuncio del descubrimiento del otro mundo re rindieron á Dios, providentísimo é inmortal, públicas acciones de gracias, siendo el primero en dar el ejemplo el Soberano Pontífice, así ahora, al renovarse la memoria de aquel faustísimo suceso, creemos deber hacer lo mismo.

Ordenamos, pues, que en el día 12 de Octubre próximo, ó en el Domingo siguiente, si así lo dispusiera el Ordinario del lugar respectivo, se cante después del Oficio del día la Misa solemne de la Santísima Trinidad en todas las iglesias catedrales y colegiadas de España, de Italia y de ambas Américas. Respecto á las demás naciones, confiamos que en todas ellas se hará lo propio por la intervención del Obispo respectivo, pues justo es que, lo que redundó en beneficio de todos; por todos sea piadosa y gratamente celebrado.

Entre tanto, como prueba de los divinos auxilios y como testimonio de nuestra paternal benevolencia, á vosotros, Venerables Hermanos, á vuestro Clero y

á vuestro pueblo, damos amorosamente en el Señor nuestra bendición Apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, el día 16 de Julio de 1892, de nuestro Pontificado el año décimoquinto.

LEÓN, PAPA XIII.



HAGAMOSLO ASÍ

3 DE AGOSTO!... Entramos en el período que váse á dedicar, con gran contento de todo buen español, á celebrar uno de los hechos que más abriñantan las ya de suyo brillantísimas páginas de nuestra historia patria: el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Acontecimiento es éste que llena de justo y natural orgullo al pueblo español, pueblo como el que más amante de sus glorias nacionales, pues á España, representada por Reyes Católicos, se le debe, humanamente hablando, el hecho más grande y más bello que el género humano haya visto nunca, como dice el Papa, llevado á cabo á la sombra de la bandera española. Y no se olvide que ésta, bajo la enseña de la Cruz, cuenta muchos y gloriosos hechos y triunfos.

Aquí, á este noble y católico pueblo, después de recibir desaires de otras partes, incluso (y el primero) de su propia patria, vino Cristóbal Colón, cuyo nombre dice más que cuantos calificativos le aplicásemos, á ofrecer «sus presentimientos».

Colón encontró favorable acogida entre el elemento clerical, tan vituperado por los sectarios de color más ó menos subido, y gracias á los frailes le fué más y más factible el logro de sus deseos. Oigámosle: «Cuando yo era objeto de risa y de burla para todos, dos monjes solamente me comprendieron y me fueron adictos.»

La impiedad que no puede por menos, que ver en este gran acontecimiento un triunfo magestuoso de la Religión y de la España Católica, no ha dejado de querer, valiéndose de sus sabidos medios, empañar el hermoso esplendor de aquel suceso.

Por fortuna, la historia no falseada, ni escrita á gusto de convenciones más ó menos libre-pensadoras, demuéstranos claramente la salvedad de los trabajos de las sectas, entre ellas, y en muy principal lugar, la masónica-libre-pensadora que, con una sin igual frescura (y ahí está el número 503 de *Las Dominicales*), dice que el descubrimiento de América es el triunfo del libre-pensamiento sobre la Religión.

No es ahora y en este escrito nuestro ánimo entrar en discusión; así, pues, hagamos constar este despropósito, y sigamos.

A la vista está lo que se dice por los que todo quieren arrogárselo, y á poco trabajo, tal es su valor, capaces son de decir que Cristóbal Colón era de los suyos... Ahora bien; Pío IX llamó al ilustrado genovés «siervo de Dios que emprendió sus viajes llevado del deseo de pro»pagar la fe católica», y claro está que entre la afirmación fundada (como después veremos, dado las prácticas religiosas del gran marino) del inmortal Pontífice, y los *arroglos* de los enemigos del catolicismo, la elección no es dudosa.

En el descubrimiento del Nuevo Mundo tuvo la Iglesia una parte muy principal. Si Cristóbal Colón pudo hacer los estudios, causa de sus «presentimientos», se debe á que la Iglesia, conservadora y sostenedora de todo bien, conservó, en medio de la barbarie de los tiempos, las ciencias de que aquel se aprovechó.

Cristóbal Colón estaba poseído de las doctrinas de la Iglesia Católica; la fe sostuvo. Dando de ello testimonio, oyó misa y se fortaleció en la sagrada mesa; las carabelas se dieron á la mar en nombre de Jesucristo Nuestro Señor; en la travesía, todas las tardes y sobre cubierta, se cantaba la *Salve Regina*; al poner pié en tierra su primer cuidado era implantar la Cruz, signo de nuestra redención, y ¡qué más!, nada, pues son hechos conocidos y no hemos de recargar este cuadro.

¿No dice nada todo esto? Argúllase lo que quiera, pero los hechos, hechos son.

Prueba grande es todo esto de que Colón no era, como se afirma por... cualquiera, demostrador de «que solo rompiendo las ligaduras del error religioso» (católico, ¿verdad, *Seoras Dominicales*?) «y entregándose resueltamente á la di-

rección de la sabiduría experimental, «puede el poder civil realizar obras grandes y fecundas», y si, por el contrario, una de las muchas figuras que con su religiosa conducta han demostrado que la fe, hermosísima antorcha que ilumina las inteligencias, que nos dice el Apóstol, puede ser y es causa de la realización de grandes y fecundas obras. ¡Cuánto no debe el mundo á hombres de fe!

Descubrióse el Nuevo Mundo, y la sed de riquezas, se apoderó de algunos, y se trataba mal á los hijos del país; pero la Iglesia, fiel á sus principios de derecho de libertad, lavántó su voz, siempre valiosa, para evitar semejante atropello. Paulo III publicó dos breves, los religiosos lucharon cristianamente, y, por tanto, con valor, en defensa de los indios, distinguiéndose en esta liza el Padre Las Casas, franciscano, y el Padre Antonio Vieira, jesuita. Y qué ¿no es hartó sabido que el Cardenal Jimenez de Cisneró tomó toda clase de medidas favorables para la conversión y bienestar de aquellas tribus salvajes?

Negar la gran parte y misión que corresponde á la Iglesia Católica en el descubrimiento de América, no es otra que negar un hecho clarívidente, como el que más, y, sin embargo, ¡la locura anti-religiosa llega al extremo de hacer semejantes negociaciones!

Á la Iglesia corresponde la gloria y honra del descubrimiento, pues ella inspiró y dió los medios para la realización de tan atrevido pensamiento, pues «la idea—copiamos—que Colón concibió del «mundo, nació de la vida misma de la «Iglesia en la Edad Media. La Edad Media gira toda entera alrededor de la «Iglesia; ella es el centro de sus movimientos, el punto de partida y el término de sus empresas.» Á la Iglesia se debe la verdadera libertad de que gozan aquellas regiones: siempre luchando, siempre llevando á los pueblos la luz del cielo, venció grandes obstáculos y quedó sembrado el bien que hoy más que ayer se cosecha felizmente.

Cristianar quel país fué la única vía que mostró la Iglesia que podía asegurar el resultado y dignidad de tan grandiosa empresa; y en verdad que así es, y el Nuevo Mundo hubiese sido evangelizado, cual cumplía á los deseos de la Iglesia, á no mediar el protestantismo, que logró paralizar por mucho tiempo la propagación de la fe; pero, por fortuna, el nefando protestantismo con su intolerancia sectaria no pudo paralizar tan excelente obra más que por un período de tiempo, y al fin aquel país ve acrecentarse de día en día en él á la Iglesia. No se pierda de vista, pues es dato importante que América es país en el cual la masonería tiene acaso más hondas raíces.

Ahora bien; ya que celebramos con inmenso júbilo el cuarto centenario del descubrimiento de América; ya que hace cuatro siglos que el intrépido Colón salió del puerto de Palos y llevó al nuevo país el signo de nuestra redención, elevemos al Cielo nuestras preces para que ya que no somos hermanos en nacionalidad, por determinadas causas, que no queremos calificar, que lo seamos en religión.

Y si tantas ocasiones se nos presentan para rendir tributo de amor y de admiración á nuestra Sacrosanta Religión, la presente es una que por sus especiales circunstancias ocupa señalado lugar, y, por tanto, muy justo es que al celebrar este centenario y en él rendir justo homenaje de recuerdo á Colón, no olvidemos lo que á la Iglesia somos deudores, pues repetimos, dígame lo que se quiera por los *espíritus fuertes*, que la Iglesia ha tenido en el descubrimiento de América, una gran misión.

Y si así lo fué en el nacimiento á vida civilizada de aquellas tribus salvajes, así sigue siendo, y ahora se asocia, cual no podía por menos, á estos festejos. Á la cabeza de este número nos honramos con publicar la Carta Encíclica de Su Santidad, y el «Apostolado de la Oración» dedica su intención á «las Iglesias de América y en su oración cotidiana se lee: «Os las ofrezco (las obras y trabajos del «día) en especial para que entre los fieles «del Nuevo Mundo se desarrolle incon«trastable el espíritu católico que ani«maba á Colón y á los primeros conquis«tadores.»

Así, pues, ¡Gloria á Colón! ¡agradecimiento á la Iglesia Católica!

A. Juan y Baldo.

LA AURORA DEL GRAN DIA

TERMINABA el invierno. En uno de esos días del año 1485, caminaban á pié dos viajeros en dirección á Huelva. Era el uno de edad madura «de buena estatura y aspecto; más alto que mediano; y de recios miembros, los ojos vivos y las otras partes de su cuerpo de buena proporción; el cabello muy bermejo y la cara algo encendida y pecosa (1)»; niño de 8 á 10 años el otro. Ambos iban pobremente vestidos y el cansancio y la fatiga se revelaba en sus pausada marcha.

¿Quién es ese anciano? Es un marino extranjero, muy versado en el latín, matemáticas, astronomía y cosmografía; que ha estudiado con gran detenimiento la Sagrada Escritura y Santos Padres, los filósofos griegos y latinos, los geógrafos de más autoridad, y la tradición; que ha recogido con avidez cuantas noticias, indicios ó escritos pudo encontrar de Benjamín Tudela, Alfonso Sanchez de Huelva, Marco Polo, Martín Brehaim y de otros navegantes entonces famosos por sus atrevidas excursiones, especialmente de Bartolomé Palestrello, descubridor de las Terceiras, con el que le unían estrechos lazos de parentesco. Es un genio que ha concebido el proyecto de llegar al continente Asiático, atravesando el gran Océano Atlántico, hasta entonces inexplorado. Es un ser providencial que va de nación en nación ofreciendo un mundo desconocido, y en Génova y Venecia, en Inglaterra y Portugal ha sido calificado de vano proyectista ó de loco presuntuoso. Ese anciano es el gran Cristóbal Colón, que, abandonando secretamente la corte portuguesa en los últimos días de 1484, vá, sin más auxilio que el de Dios, llevando á su tierno hijo D. Diego, en busca de otro genio que pueda comprenderle y ayudarle.

¡Tengo hambre! ¡tengo sed! exclamó con voz algo enronquecida el niño. Párose Colón, tendió la mirada sobre el paisaje que tenía delante, y dos lágrimas de esperanza asomaron á sus ojos: había visto uno de esos edificios cuya forma peculiar manifiestan quiénes son sus moradores; edificios que con muda elocuencia siempre están diciéndo al desvalido, ven, aquí encontrarás medicina para el espíritu enfermo, alimento para el cuerpo debilitado, lecho en donde descansar, consejos si los ha menester; ven que esta casa es casa de Dios y Dios es caridad: edificios cuyo solo recuerdo basta á exaltar la bilis de los *espíritus fuertes* que, con la filantropía y la fraternidad en los labios, tratan de matar la caridad y de encender el odio en los corazones, de los que quieren derrocar el espíritu de Cristo de su legítimo trono y poner en su lugar el espíritu de Satanás. En una palabra, Colón había visto un convento, el convento de la Rábida.

Hacia él dirigió sus pasos el peregrino, y poco después descansaba con su hijo en la portería, donde un lego con tierna solicitud les proporcionaba el sustento necesario.

Meditaba el anciano, el niño comía, el lego esperaba.

Un fraile que pasa á corta distancia abarca con una mirada el cuadro, se detiene un momento. Aquel fraile era el prior del monasterio, Fr. Juan Perez, el humilde, el virtuoso, instruido y de altos pensamientos Fr. Juan Perez, y, atraído por la magestuosa presencia del extranjero que contrastaba con la pobreza del traje, se acerca. Colón que lo advierte, va al encuentro del franciscano, béale el cordón y se hiergue.

Fraile y marino frente á frente se miran con interés: el primero cree ver en el extranjero algo extraordinario; el segundo adivina bajo aquel burdo sayal al hombre que necesita: y como si los deseos de saber en el uno, y de explicar en el otro, les uniera en la misma idea, pónense en movimiento, y el fraile guiando y el marino siguiendo, van á parar á una celdilla. En ella se encuentra casualmente el médico de la inmediata villa de Palos, algo versado en astronomía, y los tres personajes toman asiento en modestos y cómodos sillones de vaqueta.

En el animado y largo coloquio que sostuvieron, ganó Colón dos entusiastas admiradores de su estupendo proyecto, y, entre ellos, un protector decidido y de gran valía.

España estaba á sazón empeñada en lo más récio de la guerra contra los moros. Los reyes Católicos habían sabido avivar en los corazones de sus súbditos el en-

(1) Así lo dice Gonzalo Fernández de Oviedo.

tusiasmo de que estaban ellos poseídos por arrancar la odiosa media-luna de los altos minaretes substituyéndola por la enseña cristiana; por dar término á la reconquista de la patria, y en toda ella no se oía más que estruendo de armas, movimiento de tropas que se organizan ó marchan al combate.

El rey siempre está en los puestos avanzados al frente del ejército, y la reina, con un temple y grandeza de alma portentosos, ya organiza convoyes con municiones de boca y guerra para abastecer las tropas, como se presenta en medio de ellas, armada de cota y espada, para infundirlas aliento en los momentos más críticos.

Las circunstancias, pues, en que se encontraba nuestra patria eran contrarias á Colón porque, además, de los enormes gastos que la guerra causaba, no es—diré con un historiador—en medio del bullicio y la movilidad donde fácilmente se puede hacer comprender los pensamientos grandes y nuevos.

Así lo entendió nuestro héroe cuando, provisto de las recomendaciones de Fray Juan Perez, se presentó en el Puerto de Santa María al duque de Medinasidonia: oyóle este con interés y se penetró de la grandeza del asunto; más apenas le hubo oído, tuvo que partir para Córdoba á unirse con la hueste que salió (15 Abril 1485) á la toma de Coín y Ronda.

Colón quedó hospedado en el palacio y muy satisfecho del duque: habíale prometido el magnate interesar á la reina, y presentía que pronto tendría ocasión de hablarla. En efecto, á principios de 1486 celebró en Córdoba la primera entrevista con los Católicos reyes. Consecuencia de ella fué la junta de letrados y marinos para oír al extranjero que, receloso, explicó superficialmente los fundamentos de su proyecto. Colón abrió poco las verdades y dijo muchos errores—así se expresa un notable autor—y el proyecto fué desechado.

Sin embargo, la reina Isabel no desahució al proyectista, antes le dió esperanzas que fueron apoyadas por el gran cardenal Mendoza, Alonso de Quintanilla, contador mayor; la marquesa de Moya, íntima de la reina, Fray Antonio de Marchena y otros valedores de Colón, en particular fray Diego de Deza, maestro entonces del príncipe D. Juan, inquisidor y arzobispo de Sevilla después, que impaciente buscaba oportunidad de anular el dictamen dado en la Junta de Córdoba; oportunidad que encontró algunos meses después. En ocasión de estar los reyes en Salamanca, pasa allá el entusiasta Deza; habla á los frailes de San Esteban, reúne á los más distinguidos miembros del Claustro universitario y, en varias juntas de carácter privado, expone Colón detenidamente las bases de su proyecto que fueron aceptadas sin reservas.

Al saberlo Isabel la Católica, incorpora á su servicio al futuro almirante y resuelve acometer la empresa tan pronto como terminara la guerra empeñada, cuyo fin preveía.

Desde entonces observa nuestro héroe los progresos de las armas cristianas, y la toma de Vélez (3 Mayo 1487) á la que siguen muchas villas y fortalezas; la de Málaga (20 de Agosto), Vera, Cueva y otras poblaciones, le dicen que á medida que va desapareciendo la enseña mahometana, se acerca el día de su gloria. La impaciencia le acomete alguna vez y obra bajo su influencia; pero sus amigos, que ya son muchos en la Corte, y la conquisista de Baza, Almería, Guadix (4 al 21 Diciembre 1489), Almuñecar, etc. etc., y los preparativos para el cerco de Granada, le aplacan.

Este quedó establecido (23 Abril 1491) con 50.000 peones y 10.000 de á caballo, y Colón se traslada al campamento de Santa Fé á presenciar la caída del último baluarte que en nuestra católica España queda á la morisma.

Llega al fin el venturoso día (2 Enero 1492): la media-luna desaparece, y cuando Colón ve ondear la enseña de Castilla y el estandarte de la Cruz sobre la torre de la Vela, siente latir con violencia su corazón, presintiendo que tras de aquel glorioso trinfo está cercano el suyo; y, todavía no se había extinguido el eco del *Te Deum laudamus*, se presenta á los reyes y les exige, á la par que recursos para el descubrimiento, grandes privilegios para sí. Isabel considera éstos excesivos, y Colón, disgustado, abandona la Corte y se vuelve á la Rábida. Fray Juan Pérez interviene y entonces la gran reina, ante la perspectiva de la inmarcesible gloria de poder extender la luz del Evangelio y aumentar el brillo de su corona, decide, contestando á los que manifestaban la penuria del Erario: «si el Tesoro está exhausto empeñaré mis joyas.»

